

## Toda ella

Me quedo absorto cada vez que veo sus cabellos color cobre, muy parecidos al color de la olla para hacer caramelo, la misma que usaba cuando quería hacer algún postre. Me deleito en la sobriedad de la comisura de sus labios, aun dormida ella sigue siendo tan sencilla y tan simple y a la vez tan vasta, tan inigualable. Es que al verla allí sobre esa cama, que tantos recuerdos me trae, que tantas maravillas había hecho con mis manos sobre otros cuerpos, no solo el suyo, me detengo a verla y contemplarla porque es eso, una eterna contemplación de su anatomía.

Y vuelvo a caer entusiasmado cuando con una mano abro sus ojos color ámbar, aquellos que me hipnotizaron hace más de quince años cuando fue la primera vez que nos vimos y que hasta ahora de ellos sigo prendado. La curvatura de sus ojos almendrados me hace recordar los ojos egipcios que antes dibujaba cuando iba a mis clases de arte antiguo en Bellas Artes en el Centro de Lima. Ahí, en medio de todas las estatuas, me detenía a dibujarla interminablemente porque ella siempre ha sido, es y será mi musa y ahora más cuando la tengo aquí bajo mi mirada inquisidora. La observo porque me queda eso, mirarla, llenarme de ella, llenar mis ojos de su figura. Su piel blanca casi luminiscente bajo esta luz tan blanca como el día me hace ver que realmente ella es como la nieve y toco una de sus manos y son tan suaves por la cantidad de cremas para manos que me hacía que le regalara por su cumpleaños o para Navidad. Sus dedos largos se pierden ahora entre los míos, aquellos dedos que se sumergían en mis cabellos cada vez que me encontraba en el paradero del bus y nos íbamos juntos al cine. Y al subir mis ojos y contornear su cuerpo me detengo en su busto, fuente de agua bendita, de la cual he bebido millones de veces cada vez que nos uníamos en el baile cadencioso que era hacer el amor con ella. Con un dedo toco uno de sus pezones y recuerdo cuando se ponían duros cada vez que ella sentía mis ganas de amarla nuevamente.

Busco tratar de hacer el ademán de despertarla, por supuesto que no lo iba hacer, en estos momentos no había porque perturbarla, este sueño es el más largo y era preciso dejarla descansar y si sus padres no pedían por ella mañana entonces la vería nuevamente para estar con ella, con mí querida, con mi hermosa novia. Acaricio su frente con dos dedos, se que algunas veces a ella le molesta que la toque ahí porque siempre la despierto pero esta vez el sueño será profundo y quiero darme ese regalo, ese pequeño gusto porque es lo que más ansío, sumergirme en toda ella, en lo que representa para mí. No solo son sus labios que me atormentan cada vez que los veo porque su sonrisa siempre fue el imán hacia los mejores besos que yo haya recibido y sus dientes claros color marfil que siempre me manifestaban cuan brillante era su sonrisa. Y me detengo a pensar que la hora llega y debo dejar de mirarla, de amarla con los ojos y con el tacto. Cojo mi herramienta de trabajo, ese cuchillo de metal de acero inoxidable que es la extensión de mi mano derecha y estoy a punto de hacer mi tarea cuando alguien irrumpe en esta habitación sagrada.

—Julio, ¿qué estás haciendo?

—Me estoy despidiendo.

— ¡Ya deja de hacer eso hombre, ponla en el frigorífico y listo!... ¿Qué no ves que la Morgue va a cerrar?